



por ricardo doménech

**"hombres varados",
de gonzalo torrente malvido**

YA me he referido en esta sección a una reciente novela de Gonzalo Torrente Malvido: «La raya», que obtuvo el premio «Café Gijón» de 1963. Voy a hablar ahora de otra del mismo autor, más extensa, aparecida casi simultáneamente: «Hombres varados» (Colección «Ancora y Delfín», Ediciones Destino, Barcelona, 1963), que quedó finalista en el premio «Nadal» del año 60.

Al hablar de «La raya» puse de relieve las posibilidades de novelista que hay en Torrente Malvido; señalé también aquellos que a mí me parecían sus graves fallos, todos ellos superables. Por su mayor extensión, y también por ser su primera novela, «Hombres varados» nos muestra esas posibilidades y esos fallos en un grado más evidente. En «Hombres varados» advertimos, ya en las primeras páginas, la agilidad narrativa del autor, la facilidad para mover a sus personajes, la soltura de los diálogos —escuetos, realistas— y una especial capacidad para crear el ambiente y el clima novelísticos. El lector ve muy pronto esa playa de moda, en la que se desarrolla la acción y participa fácilmente de ésta; quiero decir: se siente interesado por lo que en la novela ocurre. Y mucho de lo que en ella ocurre está sacado directamente de la realidad. Ese mundo decadente, esa constelación de personajes cuya vida carece de sentido, por cuanto que no tiene un objetivo vital humano, por cuanto que vivir es para ellos un dejarse llevar, existen. Existe ese mundo y existen esos personajes. Ahora bien, ¿ha acertado Torrente Malvido a reflejarnos ese mundo en toda su dimensión? Los personajes de «Hombres varados» ¿son en efecto representativos —desde su propia individualidad— de ese mundo?

Yo sospecho que no. Y mi sospecha se basa en el hecho de que los personajes que intervienen en «Hombres varados» son de una enorme simplicidad —incluido Mauricio, sin duda el más completo de todos—. Se me dirá que de lo que se trataba era de mostrarnos unos hombres precisamente de espíritu simple, de un tremendo vacío interior. A eso yo respondería que ese intento me parece saludable, excelente, pero que no comporta la otra simplicidad a que me refiero: la simplicidad en la manera de reflejar esos personajes. «Hombres varados» es una novela de anécdota excesiva, desmesurada; y ese exceso implica un defecto en la acción interior de los personajes, en sus rasgos definitorios. Hoy, que estamos de vuelta de dos posiciones estéticas extremas —el psicologismo y el objetivismo—, podemos ver ya con cierta claridad que la novela que de verdad cuenta es aquella que acierta a reflejarnos al hombre en sus condicionamientos reales —económicos, políticos, históricos— y en qué medida esos condicionamientos le enajenan. Aquella novela, en definitiva, que logra darnos el personaje —o los personajes— que tipifica en sus rasgos esenciales una clase, una situación histórica determinada.

Sé que al decir que «Hombres varados» no alcanza este alto nivel debo añadir —y lo añado— que muy pocas novelas españolas de este tiempo lo han alcanzado. Pero éste es un punto que considero de interés y que he querido señalar precisamente en esta novela, en la que falla, sobre todo, el personaje.

De «Hombres varados» hay que decir también que su realización formal no es convincente. Aparte las virtudes apuntadas al comienzo de esta crítica, nos encontramos con una estructura poco madurada. Si de una novela se pudiera hacer una radiografía —y mentalmente se puede hacer al término de su lectura— la de «Hombres varados» nos enseñaría una estructura deformada, irracional, caótica. La acción va trepidando de un lado a otro, hay una superabundancia anecdótica que estorba la acción fundamental, las escenas están generalmente mal dosificadas.

Pero he aquí que no quiero extremar mi crítica. «Hombres varados» no es una buena novela, pero en «Hombres varados», como en «La raya», encontramos los suficientes elementos positivos como para esperar de Gonzalo Torrente Malvido una óptima evolución en obras posteriores. Yo no tendría inconveniente en apostar por esa evolución.

TYNAN

lector del nuevo Teatro Nacional
dirigido por
Laurence Olivier:**"OSBORNE COMPARA A LOPE DE
VEGA CON EL MARQUES DE SADE"**

KENNETH Tynan, es probablemente, el crítico más documentado y responsable del teatro inglés contemporáneo. El fue quien estableció las primeras precisiones con respecto a la generación que cambió, hace unos años, la panorámica del teatro nacional. En realidad Kenneth Tynan, que ha escrito también alguna obra de teatro, es un hombre perfectamente encuadrado dentro de la generación de los Osborne, Wesker, Arden, Delaney... Su puesto fundamental es éste: haber concretado los motivos de concordia entre unos y otros; haber dado un espesor teórico, trascendiendo las individualidades, al «nuevo teatro inglés».

Ahora Tynan ha dejado la crítica. Sigue publicando algún artículo, casi siempre de corte polémico. Pero su trabajo regular es distinto. Kenneth Tynan lee obras durante todo el día para el nuevo Teatro Nacional que dirige Laurence Olivier. He hablado con Tynan en su casa de Mount Street. A un lado, un viejo y monumental cartel de Sarah Bernhardt rodeado de botellas de whisky y de ginebra.

—Empezaremos la temporada con un «Hamlet», dirigido por John Dexter, el mismo que ha montado en el Royal Court la última obra de Wesker.

—En Chichester, el pueblo donde nació el Teatro Nacional, mantuvimos un repertorio de tres títulos: un Shakespeare, la «Santa Juana», de Bernard Shaw, y «Tío Vanía», de Chejov.

—Ahora pensamos trabajar durante el invierno en el Old Vic. Cada verano el Teatro Nacional hará una temporada en Chichester. Además del público que veranea en la ciudad, contamos con la gente que se desplaza desde Londres en sus coches particulares y en los autocares especiales que salen todos los días.

—Dicen que soy crítico duro porque he atacado una serie de obras inglesas situadas en la vertiente burguesa tradicional. Conozco directamente el teatro de casi todo el mundo y tengo numerosas razones para rechazar las obras inglesas de ese tipo.

—Toda generación de autores está en conexión con un determinante político. La generación de jóvenes dramaturgos ingleses no existiría si no hubiese habido varios años de Gobierno laborista.

—Tenemos prevista, en la programación del Teatro Nacional, dos obras de Lope de Vega: «Fuenteovejuna» y «La fianza satisfecha». La primera quiere presentarla el adaptador como una función para soldados durante la última guerra civil española. La idea no acaba de convencerme porque muchos críticos dirán que procede del teatro chino, y en su adaptación occidental, de Brecht. En cuanto a «La fianza satisfecha», escribiré el texto John Osborne «basándose en el de Lope». A Osborne le dimos una traducción literal y se entusiasmó. Dijo que era «una obra de ejemplaridad moral escrita por el marqués de Sade».

—En Inglaterra, las dos rupturas del teatro tradicional —me refiero al teatro vagamente idealista bienpensante y conservador— son un teatro comprometido y un teatro del absurdo. Ambas corrientes viven separadas, cosa que no ocurre en otros lugares. Por ejemplo, en Polonia, donde varios autores participan a un tiempo de ambas tendencias.

—Admiro, sobre todo, el teatro que hoy se hace en Polonia y Checoslovaquia. De Francia la figura más interesante es Adamov, aunque creo que sus últimas obras son flojas. Ionesco vale, sobre todo, por su capacidad destructiva; por su demolición de tópicos. El teatro norteamericano está en una situación gravísima: allí las obras importantes suelen considerarse «cosas de los intelectuales». Del teatro español moderno conozco muy pocas cosas. Desgraciadamente, no entiendo el idioma. He oído hablar muy bien de Buero y Sastre. Me mandaron la traducción, que me ha gustado, de «La camisa», de Lauro Olmo.

(En este punto le hablo a Tynan del curioso paralelismo que existe entre los modernos autores ingleses y nuestra generación realista. Bajo circunstancias y condicionamientos que parecen muy distintos, lo cierto es que entre un Muñoz, un Rodríguez Méndez, un Olmo, un Sastre o un Buero y los últimos dramaturgos británicos, cabe establecer equivalencias que no serían posibles entre los autores de España o Inglaterra y los de otro país de Occidente. Salvo entre España y Portugal, claro. Hay un común cansancio. Unas mismas ganas de verdad. La diferencia está en que en Londres han elegido al duro Kenneth Tynan para que lea y proponga los textos del Teatro Nacional.)

—Mi cometido será también el escribir un estudio de cada uno de los montajes del Teatro Nacional. Estos estudios los venderemos en el teatro al precio más bajo posible.

(La última copa. «¿Es verdad que en España hay un autor que estrena más de media docena de obras al año?». Hablamos de Paso y de nuestra tradición de autores fecundos. «En toda Europa —me dice Tynan— ya no existen casos así». Ahora es él quien me hace preguntas. Me confiesa: «Yo voy, casi todos los años a España. Son dos semanas que me dejan muchas sensaciones. Es como un veneno necesario.»)

Londres, octubre de 1963.

JOSE MONLEON